

Ecología y política

Antonio Gaspari

EN los últimos veinte años de historia de nuestro planeta ha estallado, con evidencia dramática, lo que con razón puede definirse la emergencia ecológica. Sería un grave error de juicio subestimar los problemas reales y las implicaciones excepcionales que trae consigo la explotación ciega y alocada de recursos en los distintos ecosistemas. En un contexto histórico en el cual el mundo de la industria avanzada está dominado por la lógica del aprovechamiento exasperado, mientras que el mundo en vías de desarrollo sufre todas las privaciones de la pobreza, el problema ecológico se ha vuelto prioritario e inderogable. Los gobiernos de todo el mundo que han comprendido la gravedad de esta emergencia, han establecido fondos y han movilizado a los científicos con el objeto de encontrar soluciones a los principales problemas.

La cuestión ecológica ha sido también el resorte que ha hecho brotar un archipiélago de movimientos naturalistas, que han desembocado en una expresión política nueva: el partido de los Verdes. El nacimiento y desarrollo de los movimientos ecologistas ha tenido, sin embargo, un efecto contradictorio: ha favorecido la aparición de una conciencia ambiental, pero, al mismo tiempo, ha desatado una contraposición trágica y polémica entre las actividades del hombre y la naturaleza tomada en su globalidad. Se ha desencadenado así un conflicto entre el hombre, -con sus actividades laborales, sus exigencias materiales, culturales y sociales- y la naturaleza, víctima inerte del espíritu inquieto de los seres humanos.

Aun procediendo de estratos sociales distintos y manifestando ideologías de polos contrapuestos en el marco político, todos los integrantes del archipiélago verde se encuentran unidos en una concepción pesimista del hombre y del mundo. Según los ecologistas, la posición central del hombre en la naturaleza se ha de negar sistemáticamente, y se ha de favorecer la filosofía que afirma que «el hombre no es más que una de los cientos de miles de especies vivas de la biosfera. Para ellos, el crecimiento incontrolado de nuestra especie no es un incremento natural, sino más bien un fenómeno patológico, algo así como un temible cáncer de la biosfera¹».

Las asociaciones ecologistas consideran este modo peregrino de concebir la relación del hombre con la naturaleza, como la revolución de la década de los 90. La cuarta revolución después de la copernicana, que habría sido la primera, de la darwiniana -la segunda- y la freudiana -la tercera-. Proponen que se pase de un enfoque antropocéntrico a uno biocéntrico; es decir, que se sustituya la imagen del hombre culmen de la creación, con la del hombre «ciudadano biótico²». Las franjas más extremistas del movimiento ecologista llegan a considerar la extinción del hombre como ocasión de nuevas oportunidades para otras especies.

Detrás de esta toma de conciencia ecologista se puede captar no sólo una crítica a la «voluntad de potencia» y a la prepotencia prometeica, sino también una reconsideración ética nueva y distinta sobre el porvenir de los hombres. La filosofía ecologista quiere ocuparse del ser en su totalidad, volteando los juicios de valor que han caracterizado, hasta ahora, a la sociedad civil.

En la imaginación de la gente, las asociaciones ecologistas se han convertido en un conjunto de valientes paladines sin mancha y sin miedo, a quienes se les puede consentir todo, incluso el empleo de medios violentos, para defender a la naturaleza de las agresiones del hombre. El utopismo romántico de estos caballeros del dos mil ha favorecido el brote de formas de intolerancia contra el hombre. Al tiempo que se solicitan leyes para proteger

¹ Cf. ADRIANO BUZZATI TRAVERSO en *I limiti della popolazione mondiale*, de Lester Broen, Edizioni Scritifiche e Tecniche Mondadori, Milán 1974.

² Cf. S. MAFFETONE, *Valori comuni*, donde se afirma: «La revolución metafísica consistiría pues, precisamente, en negar el antropocentrismo, sustituyéndolo con una subjetividad ética más rica que la humana; algo así, como la comunidad biónica en su conjunto».

la reproducción de ratas y cucarachas³, se promueven campañas a favor de la reducción de los nacimientos humanos, del aborto y de la eutanasia. Se organizan manifestaciones para la creación de parques y zonas protegidas para los animales, pero no se lleva a cabo el mismo esfuerzo para dar casas a los seres humanos que no las tienen; aún más, hay quien se opone a la construcción de edificios porque el cemento «contamina». Se prohíbe la captura de ballenas y peces espada para no empobrecer la fauna marina, pero no se considera que los mismos cetáceos comen cada día mucho más pescado (merluzas, crustáceos, etc.) de lo que el hombre puede pescar. La influencia de los ecologistas en la política es tal, que resulta más fácil encontrar 23 millones de dólares para salvar 357 nutrias empapadas por el petróleo derramado por la *Exxon Valdez* en Alaska, que conseguir poco más de un dólar, cantidad necesaria para adquirir una vacuna contra el cólera para un niño de los países pobres. Al tiempo que se reconocen todos los derechos a los animales, se pretende negar al hombre toda libertad, incluso la de procrear. Un ejemplo emblemático de estas contradicciones paradójicas es China -considerada por el autorizado *World Watch Institute* como el país de vanguardia en el sector ambiental-, en donde ninguna madre cuenta con tanta atención como la mamá panda, mientras que se adoptan medidas durísimas contra aquellos padres que se atreven a tener más de un hijo. El régimen chino impone el infanticidio y el aborto hasta el octavo mes de embarazo, mientras que el culpable de la muerte de un solo panda es condenado a la pena capital.

Hay que distinguir pues, entre las problemáticas reales que atañen a la relación entre el desarrollo económico y la protección del medio ambiente en la compleja sociedad moderna, y la utilización instrumental y política por parte de los movimientos ecologistas de las emergencias ambientales, para imponer una visión arcaica y malthusiana del mundo.

Ecología y crecimiento demográfico

Una característica común de las mayores organizaciones ecologistas mundiales es la oposición neta y radical al aumento de la población. Resulta

³Cf. FULCO PRATESI, *Ecología doméstica*, editado por Nuova Ecologia, noviembre de 1989.

curioso notar que la batalla contra el desarrollo demográfico es un asunto prioritario en el programa ecologista, y que a pesar de la diversidad ideológica, filosófica y religiosa de los grupos que componen el archipiélago verde, no hayan surgido oposiciones significativas al respecto.

Este hecho ha suscitado dudas con respecto a la independencia de juicio de los dirigentes ecologistas, así como sobre la verdadera naturaleza del movimiento verde.

Si nos fijamos en el origen de este fenómeno, descubrimos, en efecto, que el movimiento ecologista nació con el objetivo declarado de hacer aceptar la política del control demográfico, además, ha suscitado la atención de potentes grupos de presión financieros, interesados en la utilización de temáticas ambientales para llevar a cabo ingentes especulaciones en el sector comercial e industrial.

La fecha del nacimiento del movimiento verde como movimiento de masas se puede fijar en el 22 de abril de 1970, cuando en los Estados Unidos se festejó el *Día de la Tierra* (Earth Day) y decenas de miles de estudiantes iniciaron la protesta contra la sociedad industrializada, a la que culpaban de querer destruir el ambiente natural. El principal promotor de dicha iniciativa fue Robert O. Anderson, que entonces era el presidente de la compañía petrolera *Atlantic Richfield Corporation (ARCO)*, encargada de la explotación del petróleo británico en el mar del Norte. En aquellos años, Anderson era el dueño del semanario *Observer*, de Londres y presidente del *Aspen Institute*⁴. Él entregó, en forma oficial, 200,000 dólares para el *Día de la Tierra* y otros 200,000 dólares para los *Amigos de la Tierra*. No fue la suya una iniciativa aislada; contaba con el apoyo de personalidades importantes que pertenecían al *Aspen Institute*. Muchos de los primeros socios de los *Amigos de la Tierra*

⁴El *Aspen Institute for Humanistic Studies* se fundó en 1948; tiene sedes en Aspen (Colorado), Berlín e Italia. Está especializado en encuentros y seminarios privados, en los que participan, por lo general, ministros, personalidades destacadas de las finanzas y periodistas seleccionados. La importancia de los personajes que participan en las reuniones del *Aspen* y el secreto que se guarda en torno a los temas tratados, lo convierten en una especie de gobierno-sombra muy poderoso. Entre sus fundadores se encuentra el rector de la Universidad de Chicago, Robert M. Hutchins, amigo de Bertrand Russell y malthusiano convencido. Hutchins fue director de programación de la Ford Foundation, en la cual hizo financiar, a comienzos de la década de los 50, un proyecto sobre alucinógenos, como la LSD y la mescalina. Este estudio contribuyó a la creación del movimiento de los *hippies* en el decenio siguiente.

procedían de los *World Federalist* (Federalistas Mundiales), que en el panorama político norteamericano corresponden a los radicales italianos. Norman Cousin, director de la revista *Saturday Review*, fundador de los *Federalistas Mundiales*, y miembro de la directiva de los *Amigos de la Tierra*, era también miembro del Aspen Institute.

El sucesor de Anderson como presidente del Aspen, fue el director de la *Ford Foundation*, Joseph Slater, el cual encaminó la actividad del instituto hacia los programas en defensa del ambiente, para apoyar al movimiento ecologista y los proyectos para el control de la población. En 1971 Slater contribuyó, a través de la *Ford Foundation* a la financiación del *International Institute of Environmental Affair*, que luego se convirtió en el *International Insitute of Environmental Development*, que es una de las asociaciones ecologistas norteamericanas más importantes. Gracias a las iniciativas de Slater, el embajador sueco ante las Naciones Unidas, Sverker Ostrom, organizó en Estocolmo en 1972 la *Conferencia sobre el Ambiente* de la ONU.

Aquella conferencia sirvió para propagar el movimiento ecologista en Europa. Se convocó para presidirla a un ex comerciante de pieles, que se había vuelto petrolero: el director de la *Petro-Canada*, Maurice Strong, que además era ex vice presidente del WWF, funcionario del Banco Mundial y miembro del Aspen Institute. Desde entonces, el movimiento ecologista internacional ha venido gozando de cuantiosas financiaciones por parte de todas las fundaciones comprometidas en programas de control demográfico. En especial, han venido siendo muy generosos para con los movimientos ecologistas los Rockefeller. La *Rockefeller Foundation*, el *Rockefeller Brother Fund* y el *Rockefeller Family Fund*, han otorgado a los fondos de las asociaciones ecologistas cerca de 9 millones y medio de dólares, tan sólo en 1979⁵. En 1975 el *Rockefeller Brother Fund* lanzó un proyecto denominado *Environmental Agenda Task Force*, al que se adhirieron los representantes de las trece organizaciones ecologistas norteamericanas más importantes, además de otros 72 expertos ecologistas, en calidad de consultores. En 1977, el *Rockefeller Brother Fund* publicó el resultado de sus investigaciones en un informe titulado *The Unfinished Agenda*. Dicha publicación ha sido como un manifiesto para el movimiento ecologista internacional. En ella se pedía:

⁵ *Profile of Environmental conspiracy 1965-1980*, EIR, USA 1983.

- Definir las cuotas para la reducción de la población en relación a cada nación.
- Promover los programas de esterilización en el Tercer Mundo.
- Condicionar toda forma de ayuda a los países pobres al hecho de que logren igualar el número de los nacimientos con el de las muertes (*crecimiento cero*, ndr).
- Reducir la actividad agrícola intensiva.
- Renunciar al empleo de fitofármacos y de fertilizantes en la agricultura.
- Abandonar el empleo de plantas nucleares como fuente energética.
- Limitar la futura expansión del consumo de energía eléctrica.
- Reducir los proyectos de ampliación de las redes de autopistas y ferroviarias.

La difusión en Europa de esta filosofía y de este programa se produjo a través del *Club de Roma*, cuya primera reunión se celebró en Roma, en abril de 1968. Entre sus fundadores recordamos a Aurelio Peccei; Alexander King, director general para los asuntos científicos de la OCSE; Hugo Thiemawann, consejero de la Nestlé; Saburo Okita, que fue dirigente del fondo para la ayuda al exterior del Japón y presidente del WWF y Eduard Pestel, ministro de ciencia y cultura de la región alemana de la Baja Sajonia.

En 1970, el *Club de Roma* decidió realizar una investigación para divulgar la teoría que afirma que la población y el desarrollo económico crecen con ritmos demasiado altos, exponiendo el ambiente natural al riesgo de destrucción. Gracias a una aportación de 250,000 dólares de la *Fundación Volkswagen*, el especialista norteamericano en análisis de sistemas, Jay Forrester y su asistente, Dennis Meadows, escribieron la primera relación del *Club de Roma*, titulada *Límites del desarrollo*. El libro, que era una edición moderna de las teorías de Malthus, intentaba demostrar, con cálculos y estadísticas -que luego se revelaron equivocadas-, que los recursos disponibles se iban a agotar antes de finales de este siglo. Basándose en esta consideración catastrofista, los expertos del *Club de Roma* solicitaban la reducción del crecimiento de la población en los países en vías de desarrollo y una disminución drástica en los consumos y actividades industriales de los países ricos.

Estas premisas podrían explicar por qué el movimiento ecologista, aun declarándose siempre defensor de los derechos de los animales, se ha venido oponiendo, al mismo tiempo, al derecho de los hombres a la procreación. En efecto, no ha dejado nunca de promover legislaciones para

liberalizar el aborto, la eutanasia y la esterilización. Algunos de los padres espirituales y dirigentes del archipiélago ecologista han llegado a desear la difusión de epidemias mortales, con tal de detener el aumento de los seres humanos.

Felipe, duque de Edimburgo, presidente y fundador del WWF, el 8 de agosto de 1988, declaró a la *Deutsche Press Agentur (DPA)*, lo siguiente: «Si volviera a nacer, me gustaría ser un virus mortal, para ayudar a resolver el problema de la superpoblación». Y el famoso etólogo Konrad Lorenz escribió: «La humanidad no ha emprendido nunca ninguna acción sensata contra la superpoblación, por lo cual, se podría sentir cierta simpatía hacia el SIDA. Es una amenaza que podría llegar a diezmar a la humanidad e impedirle otras empresas amenazadoras⁶». En la misma línea, Ann Trophy, de la asociación ecologista *Deep Ecology*, declaró: «En calidad de ecologistas radicales, consideramos que el SIDA no es un problema, sino una solución necesaria. Parafraseando a Voltaire: si esta epidemia no existiera, los ecologistas tendrían que inventarla». Partiendo del mismo punto de vista, el principal teórico del animalismo, Peter Singer, autor del libro *Animal Liberation*, llega a conclusiones aberrantes, como invocar la supresión de recién nacidos minusválidos o con el síndrome de Down; o justificar el empleo de embriones humanos o de enfermos en coma como cobayos; o aconsejar el empleo de recién nacidos anencéfalos como «depósitos vivientes» de órganos⁷.

Contaminadores ecologistas y especulaciones comerciales

En las batallas por la protección del ambiente, se suele imaginar al militante ecologista en lucha contra los industriales que contaminan, una imagen que dista años luz de la verdad, porque *en realidad, son precisamente los dirigentes de las mayores empresas petroleras, de las industrias químicas, de las finanzas, los que desempeñan cargos de dirección en las asociaciones ecologistas internacionales más importantes.*

⁶ Cfr. *La Nueva Ecología*, n.60 marzo de 1989.

⁷ Cf. *Ética Práctica* de Peter Singer, Edizioni Liguori, Napoli 1989.

La revista mensual de una asociación norteamericana en defensa de los consumidores publicó un reportaje documentando las conexiones que existen entre empresas multinacionales y los dirigentes de las siete asociaciones ecologistas norteamericanas más importantes⁸. Setenta y siete personas ligadas en diversos niveles con asociaciones ecologistas resultan ser presidentes, consejeros de administración, consultores y directores de 92 compañías, entre las que se encuentran las multinacionales químicas *Union Carbide*, *Monsanto*, *Dupont*, las empresas de recolección y reciclaje de residuos *Waste Management* y *Browing Ferris* y las compañías petroleras *Exxon*, *British Petroleum* y *Shell*. Además, 23 directores y miembros de la dirección del WWF y de otras cuatro asociaciones ecologistas resultan ser, al mismo tiempo, altos dirigentes de diecinueve compañías que aparecen en *Toxic 500*, que es una lista de las industrias que más contaminan, elaborada por el gobierno de los Estados Unidos. Los casos de Russell Train, Eugene McBrayer y Luc Hoffmann, son emblemáticos.

Russell Train es uno de los ecologistas más premiados del mundo. Cofundador del WWF en 1961, fue nombrado en 1977 director del sector para el ambiente, salud y seguridad de la *Union Carbide*. En 1978, fue elegido presidente del WWF. La *Union Carbide* es propietaria de la planta de Bopal, en India, donde el 2 de diciembre de 1984 una fuga de gas causó la muerte a 2,600 personas y la intoxicación a 170,000. Russell Train abogó muchas veces en favor de la reducción de la población, y recientemente declaró que: «La *Union Carbide* tiene un programa ambiental óptimo⁹».

Eugene McBrayer es director del WWF norteamericano y presidente de la *Exxon Chemical*. Quizá por este motivo el WWF no se adhirió al boicot contra la *Exxon* cuando, a raíz del accidente que sucedió en la bahía Príncipe Guillermo en Alaska, el buque petrolero *Exxon Valdez* derramó 40 mil toneladas de crudo en el mar. El petróleo mató 36 aves migratorias, contaminó cerca de 1,600 kilómetros de costas y destruyó una de las reservas de salmón más ricas del mundo.

Luc Hoffman es vicepresidente honorario del WWF internacional. En 1990 se le honró con el cargo de *Comandante del Arca de Oro*, la condecoración más alta del sector ecologista, por su «entrega y extraordinaria

⁸ Cf. *Multinational Monitor*, marzo de 1990.

⁹ Cf. *La Nueva Ecología*, septiembre de 1990.

generosidad en favor de la preservación de la naturaleza y por el papel desempeñado en las organizaciones ecologistas más influyentes del mundo» Sin embargo, también es propietario, a través de la multinacional farmacéutica suiza *Hoffman-LaRoche*, de la planta química de la *Icmesa* de Seveso, tristemente famosa, desde que, el 10 de julio de 1976, causó una contaminación gravísima con una nube de dioxina que se propagó en toda la zona circunstante. Las organizaciones ecologistas calificaron el suceso de acción criminal, pero no dijeron nunca que el dueño de la empresa pertenecía al WWF.

La presencia de intereses económicos tan grandes en las asociaciones ecologistas, hizo nacer la sospecha en muchas personas, de que detrás de algunas campañas en nombre de la defensa ambiental se escondieran actividades de especulación. Cosa que luego, en numerosos casos, resultó ser cierta.

El caso más destacado es el del famoso agujero en la capa de ozono. Los datos disponibles y el actual conocimiento científico, nos llevan a la conclusión de que el fenómeno se viene verificando desde hace tiempo y se debe a causas naturales. Es verdad que el cloro forma parte de los mecanismos que llevan a la destrucción de las moléculas de ozono; sin embargo, la cantidad de tal elemento contenida en los clorofluorocarburos (CFC), acusados de ser los mayores responsables del agujero, es tan sólo el 0.2% de todo el cloro que penetra en la atmósfera por causas naturales, como las erupciones volcánicas, la evaporación del agua de los océanos y los procesos de descomposición de la materia orgánica.

Cuando se celebró la conferencia mundial «Eco 92» en Río de Janeiro, del 3 al 14 de junio de 1992, 500 científicos de 33 países, entre los que se contaban 62 premios Nobel, firmaron un manifiesto en el que se denunció el terrorismo ecológico, las ambigüedades de un ambientalismo que se convierte en instrumento de escaladas políticas y la tendencia fundamentalista, que transforma la ecología en dogma como si fuera una religión nueva, a menudo con datos que no tienen bases científicas. El vulcanólogo, ingeniero y geólogo francés Haroun Tazieff, inspirador y defensor del manifiesto de los científicos presentado en Río, explicó así las campañas en torno al agujero en la capa de ozono: «¿Cómo se puede pensar que una empresa como la *Du Pont de Nemours*, que desde 1975 hasta el momento, ha invertido 750 millones de francos en el desarrollo de productos alternativos al clorofluorocarburo, lo haya hecho sólo por el bien de la

investigación científica? En realidad el coloso americano sabía muy bien que en 1990 se iba a vencer el privilegio que se le había acordado, y que por lo tanto, iba a perder el monopolio de esos productos. Entonces con la ayuda de algunos científicos al servicio de la industria -empezando por el inglés Gordon Miller Dobson- y con el apoyo de otros grupos económicos e industriales, como la *ICI*, dieron credibilidad a la patraña del agujero en la capa de ozono. Ahora, con la decisión de invertir 5 mil millones de francos en los próximos 5 años, la empresa química se ha asegurado la exclusiva del producto para sustituir a los CFC. Se trata de episodios que se repiten, montajes gigantescos, trampas tendidas con meros fines de lucro. Algo parecido ocurrió también en Seveso¹⁰». Esta referencia movió al entrevistador a preguntar si la fuga de dioxina ocurrida en Italia podía haber sido una catástrofe provocada. Tazieff respondió: «No, la catástrofe fue real, pero se trata de un ejemplo más que demuestra que hay gente capaz de ganar dinero también con los desastres ambientales. En lugar de invertir capitales y esfuerzos para la seguridad de las plantas, las empresas del sector prefirieron que se excluyera del mercado el pireno, acaparándose así el monopolio de las sustancias alternativas. Será una coincidencia, pero la prohibición de este producto coincidió con el vencimiento de las patentes que tenían la *ICI* y la *Du Pont de Nemours*. En 1987, la descontaminación de los condensadores de los transformadores de pireno, unos mil, en todo el territorio francés, significó un gasto de 20 mil francos para cada contribuyente».

Un movimiento ecologista pro-vida

Por todo lo expuesto, es manifiesta la exigencia y la oportunidad de dar vida a un movimiento ecologista que se centre en una relación equilibrada entre el hombre y la naturaleza y que no coloque la figura humana fuera del contexto, sino que la ennoblezca, exigiéndole asumir mayores responsabilidades sobre la creación.

Los católicos cometieron un grave error permitiendo que se desarrollara un movimiento ecologista en contra de la vida y sin Dios.

¹⁰ Cf. *Il Mondo* del 15-22 de abril de 1991. Cf. también inserto especial dedicado a la cumbre de Río, por *Le Monde*

Ahora se presenta la oportunidad de remediarlo, tratando de restablecer los principios para un proyecto de preservación ambiental que sea aceptable éticamente y, sobre todo, que defienda el derecho a la vida.

La historia de las sociedades civiles que nos han precedido demuestra que, pese a alguna excepción, el hombre ha desarrollado su relación con el ambiente de forma equilibrada, intentando remediar los desastres causados por los fenómenos naturales, como terremotos, erupciones volcánicas, aluviones, sequía, epidemias. Y esto porque estudiar el universo y descubrir las leyes inteligentes que lo gobiernan, ha sido siempre para el hombre el medio a través del cual puede comprender su propia naturaleza. Desde este punto de vista, no hay ninguna contradicción entre el mundo natural y nuestra existencia y nuestro obrar.

La vida humana, en efecto, no es sólo un hecho biológico, sino también espiritual. La libertad es la expresión de esta característica espiritual, que coloca al hombre en una posición de dominio sobre la naturaleza. El ejercicio del señorío del hombre no se concibe como arbitrario, sin límites, y no concierne sólo al dominio técnico, sino que es expresión de la salvaguardia de su propia dignidad humana, como objetivo final de toda la creación¹¹.

Según la *doctrina cristiana*, el dominio del hombre sobre la creación no es nunca un dominio despótico, porque lo creado pertenece a Dios, ni mucho menos es un dominio destructivo, pues el hombre, en calidad de «mandatario» del Dios-Amor, no tiene el poder de patrón absoluto de la creación. Es verdad que el hombre puede utilizarla para su bien, pues la creación está hecha para el hombre, pero con cuidado y respeto, puesto que es «creación buena» de Dios, el cual sigue siendo siempre el dueño absoluto de ella¹². No se trata de una sacralización, sino de una concepción teológica: el mundo es algo más que mera materia prima de producción y de consumo. Nadie puede considerar la biosfera como *propiedad privada*. Se requiere una educación a los valores ecológicos. Como quiera, la responsabilidad moral en sí es grave y aumenta cada día; esto significa que el hombre, en relación con la naturaleza, está sometido a leyes no sólo biológicas, sino también

¹¹ Cf. *La questione ambientale: aspetti etico-religiosi*, (Documento pastoral de los Obispos lombardos). Milano 1988.

¹² Cf. *Chiamata alla Giustizia*, del P. Ivan Fucek S.J. Ed. Pontificia Università Gregoriana, Roma 1992.

morales. Y la responsabilidad individual no es suficiente: «El Estado tiene el deber de encargarse de la defensa y tutela de aquellos bienes colectivos, como el ambiente natural y el ambiente humano, cuya salvaguardia no puede asegurarse con los simples mecanismos de mercado¹³».

Así, en lo referente a las relaciones de los hombres con la fauna, la cuestión no atañe al reconocimiento del derecho de los animales, como afirma el movimiento ecologista, sino de los deberes de los hombres en relación con los animales, en especial los domésticos. El hombre tiene que protegerlos, alimentarlos y cuidar su salud, ya que sobre los animales se proyecta la dignidad de la persona humana y del sujeto de derecho.

En la discusión actual entre teólogos y moralistas no se excluye la posibilidad de que el hombre cometa pecado verdaderamente grave en relación con los animales cuando los tortura sólo por gusto sádico, descargando en ellos sus pasiones e instintos brutales desordenados¹⁴. Se pueden reconocer dos principios válidos que tienen que regular la conducta del hombre en relación con los animales. El primero atañe al respeto debido a Dios, pues Dios protege toda su creación, y aquel que atenta contra ella, lo hace, en un cierto sentido, contra Dios mismo. El segundo reclama el respeto debido a la dignidad del hombre, que resulta ofendida por todo tipo de crueldad contra los animales, puesto que de tal modo el hombre se degrada, se vuelve despreciable y no se manifiesta como ser humano.

ANTONIO GASPARI

Antonio Gaspari, periodista italiano, se ocupa desde hace bastantes años de los problemas ambientales, demográficos y sociales. Ha sido director de la agencia especializada «Il Greenwath». Produce artículos de índole científica para *Atomo e industria*, publicada por el Forum Italiano dell'Energia Nucleare; *Teknos* y *21 Secolo*, *Scienza e Tecnologia*. Ha escrito diversos libros: «*L'imbroglione ecologico-non ci sono limiti allo sviluppo*», «*Il Buco d'Ozono, catastrofe o speculazione*», «*Il lato oscuro del movimento animalista*».

¹³ Cf. *Centesimus annus* n.40

¹⁴ Cf. IVAN FUCEK S.J. *Chiamata alla Giustizia*.